

**Planes para un rediseño estratégico en el Golfo Pérsico.
El Caso Saudita.
Jaile Maleta Antigua.
Centro de Estudios sobre África y Medio Oriente
Ciudad de la Habana, Cuba**

Resumen: En medio de un ambiente político contradictorio, el Reino de Arabia Saudita se encuentra inmerso en un complejo proceso de readecuación de sus tradicionales relaciones con su principal aliado extranjero, Estados Unidos. Los estrechos vínculos entre los dos países sufrieron un aparente cambio a partir del fuerte impacto internacional de los acontecimientos del 9/11, catalizador de una política más agresiva hacia el Medio Oriente.

¿Hasta qué punto se mantiene la monarquía saudita como beneficiaria, en su condición de aliada, en la presente coyuntura regional?

Resumen en inglés: In the middle of a contradictory political atmosphere, the Kingdom of Saudi Arabia is immersed in a complex process of readecuación of its traditional relations with its main foreign ally, the United States. The narrow bonds between both countries underwent an apparent change from the fort international impact of the events of the 9/11, catalyst of one more a more aggressive policy towards the Middle East.

To what extent the Saudi monarchy like beneficiary stays, as its ally, the present regional conjuncture?

Aspectos medulares a tener en cuenta.

La región del Medio Oriente despierta un marcado interés en los planes geoestratégicos que proyecta Estados Unidos para el logro de la supremacía global como principal potencia económica y militar. En este sentido, tal región desempeña un papel predominante en el marco de las relaciones internacionales de la posguerra fría. Si en medio de la Guerra Fría el Medio Oriente estuvo sujeto a los designios políticos de las principales potencias, hoy, a dos años de los acontecimientos del 11 de septiembre, alcanza una dimensión mucho más profunda.

Si bien se destaca como una de las prioridades de la seguridad nacional de Estados Unidos el control de las fuentes de hidrocarburos, de las cuales la

subregión del Golfo Pérsico conserva su preeminencia, la cuestión no descansa solo en ese aspecto. El objetivo a largo plazo que defienden los intereses de las grandes transnacionales estadounidenses, de los cuales el poder ejecutivo se hace eco, está dirigido al logro de la superioridad en el control de las principales fuentes de recursos naturales - entiéndase no solo petróleo y gas natural – a escala mundial. Este fin no solo incluye al Medio Oriente, sino que forma parte de un proyecto mucho más ambicioso que engloba al continente africano, a América Latina e incluso al Sudeste asiático y Europa en su conjunto.

La particularidad del presente escenario internacional, radica en el impulso que a este objetivo se le da por parte de un grupo de corte neofascista que utilizó el pretexto de los sucesos del 11 de septiembre, y que además llegó precariamente al poder, el cual representa lo más conservador, reaccionario y extremista en los círculos políticos estadounidenses.

Dicha facción que conforma la tendencia dura del *establishment* de Estados Unidos, defiende como uno de sus pilares básicos, el derecho a la intervención armada contra todo Estado que consideren terrorista o refugio de terroristas. Hay que señalar que dicha estrategia antiterrorista va más allá que una simple agresión contra todo Estado que sea considerado como tal.

La lucha contra el terrorismo contribuyó a que Washington rediseñara su política exterior casi extensivamente. Asumiendo tal fenómeno como un reto constante a la seguridad nacional, presenta esa campaña como prioridad vital que enmascara sus reales intenciones de dominio global. Por otro lado, le garantiza establecer una serie de medidas severas al interior de la sociedad, que en otra coyuntura serían difíciles de justificar. (1)

Como se dijo, el fin supremo en última instancia responde a intereses económicos ya preestablecidos, incluso desde que Estados Unidos emergió como superpotencia al finalizar la Segunda Guerra Mundial bajo la égida de Harry Truman. En un principio tales intereses respondieron a la cuestión petrolera. En la

actualidad, la cuestión de los energéticos encierra una connotación mayor, dada la utilidad que guarda este recurso tanto para el redespiegue industrial que pretende la economía estadounidense, como por su aprovechamiento para los planes bélicos que podrían sucederse en un futuro no muy lejano.

Esta cruda realidad nos señala que hoy en día es muy difícil separar la política del petróleo. Aunque Afganistán no ofrece garantías en tal esfera, –a pesar de tener grandes reservas de gas natural, no así de petróleo – en el caso de Iraq esta razón fue más obvia. No quiere decirse con esto que la agresión contra este último país fue únicamente por el control de sus reservas. Manejar esta idea nos confabula con algunos autores y periodistas que solo analizan este factor de forma simplista. Una visión más objetiva nos señala que el control de Iraq contribuye además, en asegurar una posición geoestratégica envidiable en el seno del mundo árabe e islámico (Irán), factor que puede ser aprovechado como clavija de presión sistemática contra Estados que observan la presencia militar de Estados Unidos como un gran desafío a su propia seguridad e incluso existencia.

En este sentido, el caso de Irán salta a la vista. Nación, catalogada por el Departamento de Estado como uno de los principales peligros potenciales al diseño estratégico que establece Washington en la zona. De hecho, la situación para Irán, independientemente de los factores que inhiben por ahora una agresión contra su territorio, se ha tornado sumamente delicada. (2)

Sin embargo, el escenario territorial que a todos los círculos académicos más llama la atención es el iraquí, debido en parte a la invasión de noticias por los medios masivos de información, que han desfavorecido la cuestión israelo-palestina, una de las piedras angulares históricas del conflicto en la región.

Iraq es un enclave esencial dentro de la estrategia de ocupación territorial y de apropiación de los recursos de la zona del Medio Oriente. Sin embargo, su ocupación forma parte de un proyecto mucho más extensivo que pretende acumular piezas y tomar posiciones que alienten al pleno control geoestratégico del Medio Oriente.

Las implicaciones de los acontecimientos que ocurren a diario en Iraq serán de algún modo determinantes en la estrategia de seguridad regional que Estados Unidos defiende hasta ahora. Por este motivo, el panorama iraquí guarda gran relevancia para los estudiosos del tema, por la constante incertidumbre que despierta la existencia de un Iraq inestable en medio de una región de por sí compleja en muchos sentidos.

1. Antecedentes históricos.

Una de las premisas esenciales de la política exterior de Estados Unidos hacia el Medio Oriente ha sido el apoyo a 'gobiernos amigos', ya que éstos, por un lado, son garantes de la seguridad estadounidense, y por el otro, proveedores de hidrocarburos, sin importar la naturaleza política de sus gobiernos.

A la hora de analizar las relaciones bilaterales de Estados Unidos con Estados del Golfo Pérsico, Arabia Saudita sin lugar a dudas, alcanza un lugar privilegiado, pues éstas fueron establecidas el 14 de febrero de 1945, cuando el monarca Ibn Saud, fundador del reino, se entrevistó con el presidente Franklin D. Roosevelt, a bordo del USS Quincy, fondeado en el lago Salado, cerca del canal de Suez. Se perfila entonces una alianza a largo plazo, basada en sólidos intereses comunes. Ibn Saud cuenta con Estados Unidos para proteger la integridad del reino: en la década de 1940 de las ambiciones hachemitas (Irak y Jordania); en la década de 1950 de las de Nasser; y a partir de 1979 de los llamados de la revolución iraní. Esa "garantía" se materializará en 1990, cuando, a raíz de la invasión de Kuwait, 500.000 soldados estadounidenses desembarcaron en Arabia.

En tal sentido, hasta el gobierno de Clinton las relaciones entre ambos países fueron aceptables, a pesar de los constantes embates internos en Arabia Saudita por la presencia militar de un 'enemigo ateo del Islam' en el 'Santuario de los Creyentes'.

2. Aparente deterioro de las relaciones entre Riad y Washington durante el actual Gobierno estadounidense.

La toma de conciencia por algunos miembros de la Casa Saud en torno a la inestabilidad interna creciente suscitada en parte, por la presencia de tropas estadounidenses en su territorio, unido a una novedosa interpretación del nuevo papel de Arabia Saudita en el ámbito islámico, aparejada a profundos sentimientos antinorteamericanos no expresados abiertamente, dieron comienzo a un aparente resquebrajamiento de las tradicionales relaciones entre los dos Estados en los últimos tres años.

Esta nueva situación estalla a partir de los acontecimientos del 11 de septiembre, y se expresó a través de los siguientes incidentes:

- La participación de quince sauditas en los atentados contra el World Trade Center y el Pentágono conmocionó a la opinión pública estadounidense y desató una ola de acusaciones contra el reino, sospechoso de haberse convertido en el principal foco de exportación del terrorismo islámico.
- Al cabo de una tenaz tarea de investigación, los periodistas estadounidenses descubrieron con estupefacción que Arabia no era una democracia, que los derechos de las personas no eran respetados y que las mujeres estaban obligadas a llevar velo. Voces influyentes, cercanas a los medios neoconservadores o fundamentalistas cristianos, incitaban a convertir a Arabia Saudita en el siguiente blanco, después de Irak, y hasta a desmembrar el país y, sobre todo, crear una "república chiíta" en el Este, principal región petrolífera.
- La sincera indignación la mayor parte de la población saudita ante la opresión de los palestinos, incitó el boicot de productos estadounidenses en el país. Como se sabe, el príncipe Abdallah, para aliviar los ánimos en torno al problema palestino, lanzó una audaz iniciativa de paz para Medio Oriente, logrando en la cumbre árabe de Beirut de marzo de 2002, que todo el mundo árabe aceptara una paz global con Israel a cambio de la creación de un Estado palestino.
- El rechazo saudita en apoyar la agresión contra Iraq, aunque se mantuvo una cooperación silenciosa para mejorar su imagen ante Estados Unidos.

- El retiro de las tropas estadounidenses de territorio saudita en los meses finales del 2003, aunque tal retirada en ningún caso significa el fin de la colaboración militar entre ambos gobiernos.
- Uno de los temas más sensibles en las relaciones Riad-Washington lo es sin duda alguna la lucha contra el terrorismo. Durante las últimas décadas, el reino exportó su versión de un islam riguroso. La guerra en Afganistán marcó el punto culminante de esa actividad. Toda la red de ayuda política, religiosa y financiera que se había organizado, se quedó 'sin trabajo' al finalizar la guerra fría. Y algunos se reciclaron en la lucha contra otros 'infieles', los Estados Unidos".
- Tras el 11 de septiembre de 2001 las presiones estadounidenses se tornaron insistentes. En este sentido, la Monarquía adoptó medidas como: la cooperación junto a Estados Unidos para controlar el destino de los fondos que se transfieren desde su territorio; el cierre de todas las oficinas exteriores de la fundación Al-Haramain, a menudo cuestionada por Washington.

3. Presiones de Estados Unidos para 'democratizar' el sistema político saudita.

Con los antecedentes anteriores que empañaron las relaciones entre Estados Unidos y Arabia Saudita, el gobierno de Bush comenzó una amplia propaganda de la necesidad de que el país árabe garantizase la ejecución de nuevos cambios políticos, aludiendo a la crisis en que se encuentra inmerso el Reino, desfavorables para sus relaciones con Estados Unidos en el actual contexto regional.

El nuevo discurso encuentra como telón de fondo la configuración del Medio Oriente post Saddam, con la pretensión de convertir a Iraq en un elemento de estabilidad para la región.

Según análisis de personalidades de la Administración Bush, la falta de condiciones democráticas, el autoritarismo de la mayoría de los regímenes de la región y la consecuente frustración de la población, son los principales factores del

fundamentalismo islámico; de manera que la caída de Saddam, sería la punta de lanza de la llamada 'democratización' del mundo musulmán.

Tales manejos propagandísticos esconden realidades históricas en las que Estados Unidos deliberadamente ha contenido proyectos democráticos en el Medio Oriente. Tal fue el caso del gobierno democráticamente electo de Mohamed Mossadeg en Irán en 1953, derrocado por un golpe de Estado apoyado por la CIA.

Arabia Saudita, según la dirigencia estadounidense, debe realizar aportes a la causa de la democracia como referente fundamental para el ámbito islámico. "Debe reformar sus sistemas políticos, educativos y económicos, no solo para favorecer sus relaciones con Estados Unidos, sino para satisfacer las crecientes demandas de su juventud".

Si Washington aboga por la democracia en Medio Oriente, ¿Hasta qué punto están dispuestos los EE.UU. a aceptar la voluntad democrática de los pueblos de Medio Oriente aún cuando ésta se exprese en apoyo a alternativas antagónicas a sus intereses? El caso de Irak y su nueva configuración política e institucional ofrecerán una muestra de hasta donde están dispuestos a llegar los norteamericanos. Promoverán la reconstrucción de un Irak verdaderamente democrático que reconozca la pluralidad de grupos religiosos y étnicos o se limitarán a instaurar otro gobierno de fachada.

Es poco probable que Arabia Saudita asuma los nuevos cambios que le trata de imponer su aliado occidental a corto plazo. Sin la cooperación de la monarquía no es fácil realizar ninguna reforma política que produzca un cambio positivo y estable, pues hay que ver en qué medida la propuesta 'democratizadora' de Estados Unidos responde a la necesidad de un sistema político basado en sus especificidades históricas, valores culturales, ética religiosa y dinámica social, y hasta qué punto tales cambios garantizan un mayor nivel de discusión y participación política.

Notas y referencias bibliográficas:

- (1) Medidas tales como: el recrudescimiento de los controles de inmigración, aumentar el presupuesto a los servicios de inteligencia y planes militares, además de que le posibilita restringir las libertades civiles al interior de la sociedad. Tomado de: “*International Terrorism*”, Stephen Zunes, septiembre de 2001.

- (2) El Estado iraní presenta grandes dilemas fronterizos: el régimen de Karzai en Afganistán bajo el patrocinio norteamericano; el aumento de la cooperación militar de Estados Unidos con Turquía en el noroeste, y con Pakistán en el sureste; la fortalecida presencia de Estados Unidos en los Emiratos del Golfo. A este panorama se suma el escenario iraquí donde la presencia de Estados Unidos es elemental. Ello sin contar el avance de las conversaciones en materia de seguridad entre el gobierno de Washington y algunos Estados centroasiáticos, pertenecientes a la antigua URSS, y que limitan por el Caspio con territorio iraní.